

CAPITULO XXX.

De que manera ha gobernado la Cruz.

Nos es ya conocido el programa, si podemos llamarlo así, de la mision que Jesucristo habia encargado á su Iglesia: "*Id, e instruid á todas las naciones; bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo, y enseñadlas á observar todas las cosas que os he prescrito.*"¹ La Iglesia fué religiosamente fiel á este mandato.

Id le habia Él ordenado, y ella fué: el celo de sus apóstoles no conoció límites ni obstáculos. Toda la tierra escuchó su voz. El mundo griego y romano, cedió desde luego á su activa influencia: ellos le conquistaron á costa de grandes esfuerzos y de mucha sangre. Muy pronto su obra fué trastornada por los bárbaros, y fué necesario comenzarla otra vez sobre un terreno nuevo; pero ellos no se desanimaron nunca. Los bárbaros á su turno, oyeron la palabra evangélica, y sucesivamente los godos, los lombardos, los francos, los anglosajones, los germanos, los daneses, los suecos, los slayos, los rusos, los búlgaros, los normandos y los húngaros entraron en la sociedad espiritual.

Cuando la Europa quedó enteramente sometida á la fé, los obreros de la viña del Señor se dirigieron de nuevo hácia las comarcas que habian dejado apagar la antorcha divina, ó á las que todavía no habia alumbrado su luz. Desde el duodécimo siglo los religiosos de la órden de San Francisco penetraban en la Africa, en la Siria y hasta en la China. Mas tarde, cuando Vasco de Gama hubo descubierto nuevas rutas

¹ San Mateo, cap. 28.

sobre los mares y Cristóbal Colon un nuevo mundo, los misioneros, no menos solícitos que sus predecesores en obedecer la órden del Maestro, subieron á los bajeles de estos atrevidos navegantes, abordaron á todas las playas, á todas las islas, y más empeño y ardor pusieron en buscar á los salvajes en la profundidad de las selvas, para salvar sus almas, que otros en hallar el oro y los diamantes.

Este celo de amor tan maravilloso y perseverante que Jesus creó con una palabra, no ha tenido modelos en la antigüedad. No se vió nunca en los sacerdotes ni en los filósofos del paganismo, ni aun en los ministros de la ley de Moisés, tan generoso entusiasmo para marchar á la conquista de las almas, con desprecio de los mas grandes sacrificios, de los tormentos y de la muerte. El proselitismo religioso no data sino de la Era Cristiana.

Pero si Jesucristo habia dicho á sus apóstoles: *Id!* les habia añadido, *instruid*; y sobre este punto ¿no debemos admirarnos de que se haya podido acusar no pocas veces de fautora de la ignorancia á una Iglesia, á quien se habia impuesto como primer deber, cuando hubiese penetrado en las naciones, instruir las y moralizar las? ¿Habria ella desobedecido á su gefe? ¿Habria faltado á su santa mision? El ardiente proselitismo de que ha dado pruebas y que admiramos hoy mismo, no permite creerlo. ¿Con qué fin, en efecto, recorrian sus apóstoles el mundo, sino con el de esparcir la simiente de la santa doctrina? Y en esto, permítasenos observarlo otra vez, ellos le ofrecian un espectáculo enteramente nuevo, que la antigüedad no conoció nunca, la enseñanza moral popular. Ni el sacerdote habia tenido bastante virtud, ni el filósofo bastante horror al vicio, para que de comun acuerdo, intentasen regenerar la tierra desterrando de ella el error y la corrupcion.

¿Pero bajo qué respecto, tocante á la instruccion de los pueblos, se colocaron los ministros del Evangelio? Pobres y sin estudios, ¿qué les venian ellos á enseñar de nuevo? Una

cosa que no ha sido dado descubrir nunca al estudio ni á la ciencia; *la ley moral*. Lejos de pretender el título de sabios, se confesaban desde luego ignorantes, pero al mismo tiempo se instituian como los ministros de Aquel que tiene únicamente el derecho de dictar á los hombres la regla de la vida, y probaban de una manera evidente que si la filosofía no habia enriquecido su espíritu, la Sabiduría eterna hablaba por sus labios. Ellos por sí solos reivindicaron el derecho de promulgar, interpretar y hacer ejecutar la ley moral, no tanto como hombres, cuanto como delegados de Dios, participando de su infalibilidad. No se les acusará sin duda de negligentes en el desempeño de estas importantes y sublimes funciones, puesto que desde la primera predicacion de San Pedro, la palabra apostólica no ha cesado de resonar en todo el universo ante los grandes como ante los pequeños, ante los sabios como ante los ignorantes, ante los pueblos civilizados, como ante los pueblos bárbaros, obligando incesantemente á los hombres á cumplir, en todos tiempos y circunstancias, las prescripciones de la ley divina.

¿Se atrincheraban ellos, sin embargo, tan obstinadamente en las alturas de la infalibilidad, que desdeñasen el concurso y el auxilio de la ciencia? De ninguna manera. Sabian que el hombre destinado á ser el cooperador de su misma salvacion, debia para ennoblecer la sumision de su libertad, procurar el conocimiento de la legislacion revelada, y comprender la relacion armoniosa que existe entre ella y su propia naturaleza, á fin de penetrar profundamente su sentido; porque á medida que adelantase en sabiduría y verdad, sentiria hacerse mas fiel á su creencia y sacaria de esta fidelidad los mas preciosos frutos. Esto no era, por otra parte, un secreto para los apóstoles, sino antes bien, el objeto del cristianismo. No ponian en duda que al regenerar al hombre, debia elevar no solo una sino todas sus facultades, hasta su mas alto punto de desarrollo.

No honrando todo lo que contribuye á la gloria del espí-

ritu humano, todo lo que realza la dignidad del hombre, la Iglesia se habria desmentido á sí propia, habria marchado en sentido inverso de la direccion que habia recibido. Así, pues, cuando ella llegó á alcanzar en medio de las sociedades, la posesion de la civilizacion material, intelectual, artística é industrial, no se la vió nunca atentar contra esta civilizacion; únicamente se dedicó á despojarla de lo que podia contener de funesto, y en hacerla convertir al provecho de los intereses morales. Ella admitió solícita en su seno á los hombres ilustres por su saber ó por su elocuencia, bajo la condicion de que pusiesen á su servicio el poder de su pensamiento y de su palabra. Si se glorificaba del heroismo de sus mártires, tambien se enorgullecia del genio de sus doctores. A ejemplo de Dios, que, en la Escritura, no se desdeña de tomar el título de *Señor de las ciencias*, y promete á aquellos que las hubiesen cultivado santamente una eterna corona, brillante como los astros del firmamento, la Iglesia favoreció de una manera particular el cultivo de la inteligencia y acordó homenajes privilegiados á los que hacen buen uso de sus talentos. Sus mas grandes santos, como los Justinos, los Clementes, los Basilio, los Crisóstomos, los Agustinos, los Gerónimos, los Ambrosios y otros muchos, fueron tambien ilustres sabios. Se sabe qué grito de reprobacion arrojaron los Padres de la Iglesia contra el emperador Juliano, cuando quiso prohibir á los cristianos el estudio de los maestros de la antigüedad. Ellos maldijeron la memoria del apóstata, y le contaron en el número de los mas temibles perseguidores.

No se crea, sin embargo, que la Iglesia tiene la pretension de crear las ciencias que se llaman profanas: este cuidado lo ha remitido Dios al espíritu humano: ella las toma en el estado en que las encuentra, y su papel se limita á favorecer y arreglar su desarrollo. Despues de haber penetrado entre los bárbaros ignorantes y rústicos, no los hace de repente instruidos y cultos, porque, como ya otra vez hemos dicho, el cuerpo de la Iglesia ha sido sometido á la ley natural del cre-

cimiento sucesivo; pero cuánto pudo hacer para ayudarles á salir de su estado de barbarie, lo ha hecho. Todas las escuelas que se formaron en Europa tuvieron por fundadores, obispos, sacerdotes y monjes. Cerca de las casas de Dios, se elevaban siempre las casas de la ciencia donde la juventud iba á adquirir los elementos de la vida intelectual. Los conventos fueron las arcas santas donde en medio del naufragio se conservaron los restos de la tradicion de las pasadas edades. Sin duda la ciencia no estaba á la altura á que hoy ha llegado, como dentro de algunos siglos, no será lo que es ahora, por la razon de que lo que renace, lo mismo que lo que nace, pasa necesariamente por largas faces antes de llegar á cierto grado de perfeccion. Pero la Iglesia no omitió de su parte ningun esfuerzo para volver á encender entre los pueblos la antorcha de la inteligencia, largo tiempo apagada. Por todas partes fué á solicitar la luz y la recibió aun de las manos de sus enemigos los paganos y los árabes, aun cuando en ello viese algun peligro. Ciencias, artes, industria, nada se escapa á su diligencia; ella se ocupa de todo y lo protege todo. Bajo su influencia bienhechora, se erigen las universidades que cubren la Europa llenas de ilustres maestros, y á cuyo seno acuden multitud de discípulos, ávidos de instruccion. Las sombras se disipan y el dia renace y estiende su luz en el horizonte del mundo intelectual!

Durante esta agitacion ardiente de los espíritus, la Iglesia no perdía de vista su mision especial; ella no dejaba de dispensar á todos la verdad moral que es su bien propio, y velaba con una activa solicitud en que la razon humana, sobrepasando sus derechos, no viniese á desnaturalizarla. Es que al mandato que Jesucristo le habia impuesto de instruir á todas las naciones, habia añadido el de *bautizarlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.*

Por mucho tiempo, en efecto, los hombres y sus obras habian estado marcadas con el sello de Satanás; por mucho tiempo habian empleado para el mal las nobles facultades que

Dios les habia concedido; por mucho tiempo la ciencia se habia hecho el artífice del error, y el arte el cómplice del vicio: era preciso que en lo de adelante todo tomase una direccion diferente, y que la actividad humana concudiese al bien como habia concurrido al mal. Al derramar sobre la cabeza del cristiano la agua regeneradora, la Iglesia le exigia renunciarse á Satanás, á sus pompas y á sus obras, para consagrarse enteramente al servicio de Dios. Así es cómo la humanidad, sepultada con Jesucristo por el bautismo y muriendo con el pecado, debia como Él resucitar y marchar por una nueva senda, sabiendo que el hombre viejo ha sido crucificado y que la esclavitud de las pasiones debe ser destruida. Fortificar vigorosamente al hombre contra el pecado, purgarlo del fermento de la corrupcion, causa de todos nuestros males, tal fué el pensamiento constante de la Iglesia. "Sea comiendo, sea bebiendo, recomendaba ella, hacedlo todo por la gloria de Dios." A este noble fin debian referirse todas las acciones, aun las mas indiferentes, y desde entonces, la tierra, en continua comunicacion con el cielo, dejaba de rodar sin objeto, como un astro perdido en la nada de los espacios. Todo vino á convertirse en culto: he ahí, por qué el culto cristiano pudo revestirse con la mas grande magnificencia ó celebrarse con la mas tierna sencillez.

Pero este culto tenia un centro: era Jesucristo encarnado, ofreciéndose en sacrificio, y permaneciendo bajo las especies de pan y vino entre los hijos de los hombres para alimentarlos con su pura sustancia, santificarlos con su presencia é interceder por ellos cerca de su Padre. La Iglesia convoca en derredor de este centro divino, todos los homenajes de la inteligencia humana. La arquitectura elevaba el templo, la pintura y la escultura le decoraban; la industria cincelaba los vasos, tejia los ornamentos santos, ilustraba con el buril los libros de las oraciones; la música hacia resonar con armoniosos acentos la sonora nave, la elocuencia la llenaba con sus acentos sagrados, y la poesía misma estaba invitada como las

demas artes á asociarse á los elogios de la augusta Trinidad y á inspirar á las almas piadosas emociones. Todo el curso de la vida venia sucesivamente á purificarse y á fortalecerse en los misterios del Santuario: el nacimiento por el Bautismo, la adolescencia por la Confirmacion, la edad madura por el matrimonio ó el órden, y la hora suprema por la Uncion del oleo consagrado.

Dos sacramentos debian acompañar al hombre en toda la carrera de su peregrinacion terrestre, para levantarle incesantemente y prestarle nuevo apoyo y vigor, la penitencia y la Eucaristía. Estos dos sacramentos han sido para la Iglesia los mas poderosos instrumentos de la civilizacion moral. Hacer salir el alma de su aislamiento, penetrar hasta en los mas recónditos repliegues de la conciencia, perseguir allí al pecado, alcanzarle y no dejarle ningun abrigo donde pudiera ocultarse, tal es lo que se propuso obtener por medio de la penitencia; queria que todo el mal que pudiese cometerse y aun pensarse en la tierra, se viese compelido á venir á descubrirse y á pedir su sentencia de esterminio; queria que la confesion hiciese la guerra al vicio hasta en su asilo inespugnable, el corazon humano; y cualquiera que medite en este sacramento, y lo rechace, declara por lo mismo que no tiene hácia el mal un odio bastante fuerte, pues que le permite crearse en el seno de la mas noble criatura una guarida oculta donde la mirada de la justicia sea impotente para descubrirle. Mas luego que el hombre está absuelto y purificado, la Eucaristía lo pone en comunicacion inmediata con Dios, y enciende en sus entrañas un fuego divino, bastante ardiente para secar hasta en sus raices el gérmen diabólico de la carne.

Estas dos tan preciosas instituciones han arrancado á la filosofía notables elogios. "Por la comunión, ha dicho Voltaire, el hombre queda unido con Dios; Dios viene á ser nuestra carne y nuestra sangre. ¿Quién osará, quién podrá cometer despues de esto una sola falta ni aun concebir el pensamiento de ella? Imposible, sin duda, era imaginar un misterio que

retuviese mas fácilmente á los hombres en la virtud." "Se puede considerar, dice en otro lugar, á la confesion como el freno mas grande de los crímenes secretos, y que se sustraen por lo mismo frecuentemente al poder de la justicia humana;" y Rousseau añade: "¡Cuántas restituciones, cuántas reparaciones no ha hecho ella se efectúen entre los católicos!" Así, pues, los pastores cristianos no han dejado jamas de invitar á sus fieles á acercarse con frecuencia al tribunal sagrado y á la mesa santa.

La Iglesia, sin embargo, no se contentaba con estrechar los lazos de Dios con los individuos, ella estrechaba ademas entre sí los seres colectivos: imprimia su sello sobre la familia por el sacramento del matrimonio, sobre el sacerdocio por el del órden, sobre los pueblos por la consagracion de sus gefes: ella colocaba bajo la proteccion de uno ó de varios de sus santos, las naciones, las ciudades y aun los pequeños pueblecillos, consagrando con sus bendiciones, sus instituciones, sus empresas y sus trabajos. El mundo que, bajo el imperio de Satanás, habia recorrido una carrera de cuatro mil años, empezaba una vida nueva, y desde entonces los siglos, volviendo á comenzar su curso en la era de la encarnacion del Hijo de Dios, iban á llevar en todas sus divisiones la marca del nuevo reinado. El círculo entero del año, no seria ya sino una sucesion continua de fiestas conmemorativas de los mas grandes misterios: cada dia se honraria á Dios celebrando las virtudes de sus santos; cada hora del dia y aun de la noche corresponderia á alguna parte de los divinos oficios é infundiria en el alma cristiana pensamientos de alta piedad religiosa. Como todo habia participado de la caida del hombre, todo debia despues participar de su regeneracion; así pues, la Iglesia por medio de sus oraciones y de sus exorcismos santificaba y purificaba aun á los seres ininteligentes ó inanimados que sirven á las necesidades del hombre invocando el poder celestial, á fin de que los sustrajese á toda influencia perniciosa.